

Reunión de los Alcaldes de la COSTA BRAVA

A instancias del Fomento del Turismo de Gerona y bajo la presidencia del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, se reunirán en la mañana de hoy, jueves, en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Palafrugell, todos los señores Alcaldes de la Costa Brava para tratar diversos asuntos del mayor interés.

Por la tarde, visitarán la Urbanización de Llafranch y la Ciudad Residencial de S'Agaró.

anncora

SAN FELIU DE GUIXOLS

4 DE SEPTIEMBRE DE 1952

CARNET DE ARTE

“DALÍ AL DESNUDO”

Aparece en los escaparates de nuestras librerías este volumen de Del Arco, en momento oportuno. El calor es bochornoso. Da-

lí ha salido a tomar el fresco en la portada. No abandona el bastón, no sabemos si como arma ofensiva o defensiva; tal vez las dos cosas.

Compadezcamos a Del Arco, quien a pesar de encontrarse en Port Lligat, no lejos de Cadaqués, uno de los pueblos más pintorescos de nuestra Costa Brava, viste con la más correcta y ciudadana de las indumentarias. No quiso imitar a los turistas de ahora e hizo bien. Sin preocuparse—al parecer—de otra cosa, Del Arco interroga. Interroga al fresco. Dalí, con la mano en el pecho, parece como si jurara decir la verdad sobre todo cuanto el ágil e intencionado periodista le vaya preguntando en su «Entrevista de largo metraje».

Según aclara el editor Janés en la doblez de la sobreportada, «no pretende el periodista descubrir al inventor de los relojes blandos y los centauros marsupiales. Ni posiblemente aspira a decir nada nuevo. Interesado tan solo en que «su personaje», hable por sí mismo, Del Arco ha sometido a Salvador Dalí a un casi inquisitorial bombardeo de preguntas».

Así pues, y tratándose de lo que se trata, mejor que de la crítica del libro en sí, habrá de ocuparse nuestro artículo de hoy en comentar, o copiar simplemente, alguna de las anécdotas, ideas o frases del famoso pintor surrealista, nacido en Figueras «en 1903 o 1904; me parece que en 1904», según confesión del propio artista, en los comienzos del capítulo *Libro blanco de una vida*.

En primer lugar, debemos reconocer sinceramente que estábamos completamente equivocados al creer que esa especie de locuras o cosas raras de Dalí eran pura simulación o fingimiento, y afán de llamar la atención con fines propagandísticos, que se le ocurrieran desde que se alistó en las abigarradas y algo caóticas falanges *surrealistas*.

Fué esta errónea opinión la que nos hizo escribir en aquel Carnet de Arte dedicado a la «Colección Cambó»:

De Picasso se hizo caso por ser una pintura rara, y por cotizarse cara es millonario Picasso.

¿Es que alguien entiende acaso, ese estilo baladí de Dalí, que llega allí donde acaba la cordura?

¡Si al fin, por fingir locura, loco ha de acabar Dalí!

Ya en su primera infancia, y mucho antes de dedicarse al arte, aparecen los *síntomas* de sus futuras *excentricidades*.

En uno de los capítulos del libro, Dalí recuerda: «me paseo en Cabriels con un niño que va montado en un caballo triciclo y yo andaba a su lado; y al pasar por un corte del camino, le doy un empujón y se hiere la cabeza; lo llevaron a casa de mi tío, y veo la palangana con sangre» —¿Y por qué hizo eso?— Sin razón de ninguna clase; un impulso rápido. No sentía por el niño ninguna antipatía.

Algunas páginas más allá: «Siempre he sido muy exhibicionista; una vez me caí por una escalera y comprobé que aquel accidente casual había congregado la atención de todos los chicos hacia mí; y esto me indujo a repetir la caída; y la repetí en diversas ocasiones hasta el punto que los chicos se preguntaban: «¿Se tira hoy Dalí?» —¿Qué pretendía?— Ser protagonista; que todo el mundo se viera obligado a mirarme. Así, cambiaba monedas por otras de menos valor; daba diez por cinco; y los chicos decían: «Que Dalí va a cambiar».

Mucho nos interesa el relato de cuando, después de sus estudios en la Escuela de Artes de Figueras, con el profesor del Instituto señor Núñez, es mandado por su padre a la Escuela de San Fernando de Madrid:—¿Sus profesores de entonces?— Entre otros, recuerdo a Cecilio Pla, Moreno Carbonero, y Romero de Torres. Dalí siente preferencia por Moreno Carbonero; los demás, según él, no le enseñan nada, a excepción de Manuel Méndez, profesor de anatomía.

También allí cultiva Dalí las excentricidades: «Una de ellas es ésta: nos ponen por modelo una Virgen de talla policromada, y yo pinto una balanza de dos platillos. —¿Y que dicen?— Me preguntan que he hecho y contesto. Yo lo vi así, y de aquí no me sacan».

Y Dalí es el famoso pintor, conocido en todos los países, y todavía necesita cultivar, tanto en público como en su intimidad, las rarezas y singularidades. «Y hasta las sueña a veces: —¿Usted se tortura pensando disparates?— No es que me dedique a acumular ocurrencias. Pero es que sueño cosas estupendas. Soñando, vi, hace unos días en

(Continúa en la 3ª página)

ESPEJOS

por L. D'ANDRAITX

Dicen que el agua, que el mar, no es azul. ¿Qué importa?

A mí me basta con que sea el espejo del cielo. Es la manera más cierta de pintarla; si auténtico es el azul del cielo, auténtico será el del agua.

¿Cómo sabrían los cielos de su azul sin el espejo del mar? ¿Cómo sabrían de los copos de sus nubes, sin los rizos de la espuma; cómo sabrían de los azotes del viento, sin las olas encrespadas, donde aprendieran el gracejo de la brisa, sin la marejadilla alada?

Y el ciejo con los reflejos del mar, con la vida de sus aguas, con los caminos de luz, que se quiebran en escamas, con el rojo de las rocas y el verde de las hoyadas siente el orgullo de ser lo que el espejo le manda. Y se enriquece en las algas, que jamás de él se colgaran, de pájaros de plumón de nácar, de la solidez del agua, de sirenas y tritones. Y el cielo regala al mar sus ángeles, sus caminos intangibles, su luna blanca y los astros.

¡Qué hermoso ser un espejo! ¡Qué bello tenerlo a mano!

¿Quién se resignara a cobijar triste imagen, quién no borrara de su rostro o de su alma un gesto de fealdad frente a su espejo de plata? ¡Fantástica comunión, acicate de afanes y de superaciones! Nido perdurable de bondades!

Y así el agua no se olvida de su azul, ni cuando el sol no la baña ni en la celda de las rocas ni en la cárcel de los lagos, que viven en hondas cuevas entre columnas rizadas. Y las lágrimas de cal de las rocas enterradas no se pierden en suspiros, no bajan al quinto infierno de las furnias amagadas; caen en el cielo azul, el cielo que guardó el agua.

En el río, en la cañada, en el destilar de la fuente y en el cuenco de la mano el agua siempre es azul, porque cada gota de ella es un trocito de azogue que guarda, igual que el espejo, im-poluta y bella imagen.

¡Quién pudiera ser espejo! ¡Feliz quien lo tenga a mano!

FICCIÓN realidad

Lluvia de películas

En pocos días se han podido visionar en San Feliu diez o doce films. Algunos de ellos dignos de verse, aunque quizás no había uno solo sobresaliente.

Pero, dos de ellos, especialmente, retrataban en cierto modo las tendencias de una parte de la cinematografía europea del presente. Y veamos estos dos, de momento.

«Entre Ayer y Mañana», de Harald Braun, es película fina, no exenta de aciertos, al propio tiempo que sobrecargada de aquella morosidad que perjudicaba años atrás al cine germano.

Unos viejos actores del cine alemán, demacrados, consumidos por los años y la tragedia aparecen aquí como sombras de lo que fueron. Winnie Markus, Willy Birgel, y Viktor de Kova, en la diversa historia sentimental que aquí se narra con reiterados y acertados «saltos atrás», surgen casi como fantasmas entre ruinas.

El tema, del reencuentro después de la catástrofe se presta a su actuación, sobria, y, por parte de Viktor de Kova, muy bien matizada. Hildegard Kneff, ahora vampiresa en Hollywood, pone una nota de vida en el opaco ambiente, de recuerdos obsesivos, que forma la envoltura psicológica del film, estupendo modelo de narración literaria.

«Angelito Negro».— Es anécdota colorida, comedia sin trascendencia apoyada en la presencia del «mulattino» Angelo, que en su peregrinar de niño perdido en la gran ciudad, toma contacto con muy diversos seres, cuyas desventuras—siempre anecdóticas— se nos narran con no poco afán irónico. El director, ciertamente, no ha sacado todo el partido de la historia, elaborada por siete escritores, nada menos; ha preferido, no sé si por experiencia o por humildad, tratar las cosas y los episodios con un realismo a ultranza, en el que pocas veces asoma la poesía. Los tipos con estar bien dibujados, tampoco llevan el aliento de los de «Prima Comunione», pongo por caso. Ahora bien Leonardo de Mitri, nos ofrece una especie de documento de las infinitas variedades de la vida en una gran ciudad, llevándonos, a ras del suelo, sin dejar apenas ocasión al cameraman para lucirse, a ras del suelo digo, tras los menudos pasos de este negrito de pelo rubio que da título al film.

Dos reposiciones de entre las proyectadas merecen especial mención: «El Gran Pecador», con ese inmenso Gregory Peck, estupendo trasunto de un tema dostoyeskiiano, aunque disfrazado, y «La edad peligrosa», con Myrna Loy, y Roger Livesey, buen modelo de film sentimental.

Y, ¿por qué no? También algunas escenas, solo algunas magistrales, de «Cuatro en un Jeep». Recordemos, sino, la evocación del sargento americano, y la escena de la llegada de los repatriados a la estación del Sur de Viena.

J. Vallverdú A